

# NOTAS

## LA TEORIA DEL PARTIDO POLITICO DE UMBERTO CERRONI

Por JAVIER PEREZ ROYO

En el *Ordine Nuovo* escribe Gramsci que «el asociacionismo puede y debe ser asumido como el hecho esencial de la revolución proletaria» (página 14, Torino, Einaudi, 1954). Y es de esta afirmación gramsciana de la que parte Cerroni, aunque no la cite expresamente, en la elaboración de su *Teoría del Partido Político* (Editori Riuniti, Roma, 1979. De próxima publicación en la Editorial Blume).

De la misma manera que el individualismo, la atomización de los ciudadanos, es el principio básico del orden burgués, la asociación, la vinculación entre los individuos, tiene que ser el principio básico de la sociedad socialista. Precisamente por eso es por lo que el Partido del Proletariado es el primer partido propiamente dicho desde un punto de vista histórico, razón por la cual Cerroni afirma que es necesario desde un punto de vista teórico estudiar el partido político del proletariado para comprender no sólo el partido político moderno, sino también los propios desarrollos que asume el Estado en relación con el asociacionismo y la democracia política en general, así como los cambios recíprocos que experimentan tanto el Estado como consecuencia de la actuación del partido del socialismo y el partido del socialismo como consecuencia de la evolución del Estado por él provocada.

Es decir, Cerroni se aparta por completo del planteamiento tradicional de la teorización del partido político, que lo vincula exclusivamente a la existencia de cuerpos representativos en el Estado moderno y a la consiguiente necesidad de instrumentos de articulación de la voluntad política de los ciudadanos. Evidentemente, Cerroni no es que ignore esta realidad así como la importancia de la misma. Simplemente se aparta de la «unilateralidad electoral» de este planteamiento tradicional exclusivamente «político», resaltando el otro aspecto, menos conocido, del partido político como fenómeno social, como producto de la «sociedad burguesa».

La hipótesis de la que se parte es la de que el problema que plantea la existencia del partido del proletariado es la de la agregación y socialización general de la vida moderna. El partido del proletariado nace para reunificar sobre bases directas una comunidad dividida (en clases, Estado-sociedad, economía-política, cultura-trabajo, privado-público, teoría-práctica). De esta manera toda la investigación de Cerroni sobre el partido político se convierte en un capítulo de la reelaboración más general de los problemas de la revolución socialista, en especial en los países capitalistas evolucionados de Occidente.

Cerroni vincula, pues, su investigación al partido político no en cuanto simple instrumento de articulación política de la sociedad burguesa y del Estado representativo, sino en cuanto instrumento de transformación revolucionaria de dicha sociedad. Lo cual es además congruente con el motivo que condujo a la constitución de los primeros partidos políticos propiamente dichos, que no fue la participación electoral, sino la difusión de los ideales del socialismo. Es el carácter atomizado de la vida en la sociedad burguesa y la necesidad que experimenta una parte de dicha sociedad, el proletariado, de suprimir el aislamiento para sobrevivir, lo que subyace en la génesis del partido político. La ampliación del sufragio y los cambios que se producirán en la estructura del Estado moderno como consecuencia de la implantación del sufragio universal son posteriores, son consecuencias de la existencia del partido político del proletariado y no el punto de partida para la comprensión de éste.

La investigación de Cerroni se presenta como una investigación material y no puramente formal del partido político y tiene la ventaja de poder integrar en la teoría del partido político todos los aspectos del planteamiento tradicional del tema, en tanto que la teoría tradicional, puramente político-electoral, no permite interpretar el partido político en toda su dimensión.

Tres son los puntos centrales que Cerroni aborda en su investigación: 1.º, el concepto de partido político a partir del estudio del partido político del socialismo; 2.º, el problema de masas y cuadros en el partido como subproblema dentro del tema más general de las relaciones masas-élites políticas, tema fundamental en el estudio de la política desde finales del siglo pasado y comienzos de éste como consecuencia de la existencia de los primeros partidos de masas, los partidos socialistas, y de la implantación del Estado democrático con el sufragio universal, y 3.º, el partido político en su relación con las instituciones estatales y el desarrollo de éstas, que abren en la actualidad la disyuntiva de bien una autodirección democrática más acentuada y responsable de la sociedad o bien un autoritarismo burocrático.

## I. EL CONCEPTO DE PARTIDO POLITICO

¿Qué es lo que debe definir a un partido político? Desde un punto de vista externo lo que caracteriza la existencia de un partido en sentido propio es la combinación de un programa y de una máquina organizativa que funciona con regularidad. Esto es lo que distingue al partido político de cualquier parte política que haya existido con anterioridad. Pero desde un punto de vista orgánico, lo que singulariza al partido es el hecho de ser una parte política que se propone como un todo, es decir, el partido político como fundador de un Estado, como germen de reorganización de un Estado.

Cerroni ilustra este tema en relación con el partido del socialismo distinguiendo tres fases en su evolución histórica: la fase prepolítica, la fase política intrauterina y la fase política extrauterina.

La primera fase se caracteriza porque los elementos del proletariado moderno reconocen la necesidad de unirse con fines defensivos en la sociedad burguesa. Se trata de la defensa de intereses inmediatos, económicos y no políticos todavía.

En la segunda fase el nivel de agregación va más allá de los intereses económicos o corporativos y empieza a afectar al horizonte político de la convivencia estatal. Es una fase política, pero de un sujeto subalterno respecto al Estado, de un sujeto que se presenta como contra-parte del Estado burgués parcial y que desarrolla una política corporativa de clase, carente de capacidad directiva general. Más que la política se trata de una fase en la que domina la propaganda.

En la tercera, la clase obrera expresa su capacidad de dirección hegemónica respecto a la sociedad entera y no sólo respecto a los miembros de su clase. El partido se contrapone al Estado, denuncia la parcialidad del Estado, pero no como otra parte, sino como parte que se propone como todo. El partido comprende la necesidad de sustituir íntegramente el Estado burgués y de proponer al resto de la sociedad el modelo de dirección unitaria que el Estado burgués debería ser y que, sin embargo, no llega a ser. En este sentido el partido es, según expresión de Gramsci, «en embrión, una estructura estatal».

De esta exposición se desprende que la raíz social o de clase es condición necesaria, pero no suficiente para definir la naturaleza de la política. Constituye el punto de partida; pero el punto de llegada es mucho más rico. Se trata de una «expansión política de la economía», que se convierte después en expansión ideal, cultural, etc. La fase más alta de expansión del partido político no es aquella en la que éste se presenta como representante

exclusivo de la clase de la cual es o se dice expresión, sino al contrario, aquella en la que, aún manteniendo su representación de fondo de un determinado estrato social, propone un modelo de reorganización general de la sociedad, del Estado, de la humanidad entera.

Esto presupone a su vez una vinculación entre política y cultura en el seno del partido, condición indispensable para que éste llegue a ser esa parte-todo, ese embrión de estructura estatal. Cerroni cita el texto de Gramsci en el que éste afirma que «en el mundo moderno un partido es tal, es, por tanto, un partido —es tal integralmente y no como fracción de un partido más grande—, cuando es concebido, organizado y dirigido en modo y forma de desarrollarse en un Estado (integral y no entendido técnicamente como gobierno) y en una concepción del mundo», y distingue, en consecuencia, dos tipos de partidos: el partido dotado de cierta organicidad general, de una vinculación entre política y cultura, entre política y concepción del mundo; y el partido que es en realidad un subpartido dotado solamente de una subcultura y que presupone o demanda tácitamente a un partido más grande la exposición y el funcionamiento de la concepción del mundo y de la vida.

¿Qué significa, pues, para un partido comportarse como un Estado, como una parte-todo? En concreto significa conseguir dirigir la sociedad sin disponer de la fuerza monopolizada del Estado y, por tanto, dirigir sin mandar o hacerse obedecer sin recurrir a la coacción. El partido es, pues, una excelente expresión de la naturaleza dualista y ambigua de la política y del Estado, de esa mezcla de fuerza y consenso. En particular el partido se presenta como un organismo en el que máquina organizativa y programa ideal se condicionan recíprocamente, en el que el momento de la fuerza, de la disciplina aparece siempre recogido en los estatutos, y en el que el momento del consenso está presente de manera permanente puesto que la adhesión al partido es voluntaria.

Todos los partidos políticos, incluso los reaccionarios, deben definirse en principio respecto a la democracia política y a la soberanía popular. Se trata de una necesidad de constante redefinición y, por tanto, de una verdadera remodelación continua sobre los problemas de la relación entre partido-parte y partido-todo, entre intereses particulares e intereses universales. Sin embargo, para el partido del proletariado el problema tiene un significado sorprendente: dicho partido que es el que ha puesto en marcha el mecanismo igualitario de la democracia política debe tomar posición ahora respecto a la democracia política y se debe interrogar sobre la posibilidad de un socialismo que pueda mantener en vida aquello que el movimiento socialista ha exigido y obtenido en sus orígenes.

Con este planteamiento de las relaciones entre democracia y socialismo a partir de la definición del partido político entra Cerroni en el análisis del segundo problema: masas y cuadros en el partido político.

## II. MASAS Y CUADROS EN EL PARTIDO POLITICO

Aunque evidentemente en este segundo tema investigado por Cerroni la vertiente organizativa tiene una gran importancia, sin embargo, para un planteamiento fructífero del mismo hay que prescindir en principio de ella por completo y enfocarlo desde una perspectiva exclusivamente política. La teorización de ciertas formas organizativas, dice Cerroni, es sólo el resultado del dogmatismo implícito en la política que conduce a absolutizar los comportamientos cotidianos. La política es el arte de vencer las batallas cotidianas y en esta tendencia echa raíces la idea de que el mundo acaba en la cotidianidad o en el corto plazo, y que las formas que aseguran la victoria hoy son justas eternamente.

El planteamiento debe ser, pues, exclusivamente político de entrada y debe centrarse ante todo en el tema dirigentes-dirigidos en el partido político.

La corriente más autorizada en el análisis del partido político, a la que Cerroni califica de «escepticismo organizativo» (Ostrogorski, Michels, Weber, Duverger), teoriza la imposibilidad de una reforma antiburocrática de la política y un desprecio sustancial de los problemas organizativos: la separación entre cuadros y masas es un mal necesario de toda forma de organización.

Y en realidad así es, necesariamente, si el problema se plantea como un problema interno del partido político exclusivamente. El problema es otro la separación dirigentes-dirigidos es más profunda, se da en la sociedad. No es la organización del partido la que la genera. El demérito de la organización del partido es el no superar esta separación. Pero ello no es posible sin que el partido se proponga superar la separación en la sociedad.

El problema clave, para expresarlo con palabras de Gramsci, es el siguiente: «¿La separación entre dirigentes y dirigidos, entre gobernantes y gobernados debe durar hasta el infinito?». Este es el problema central que plantea el partido político del proletariado en su crítica al Estado representativo y a la sociedad atomista burguesa. Es la única forma de intentar resolverlo.

Ahora bien, esto quiere decir que la elección entre un partido de cuadros y un partido de masas no puede efectuarse sobre la base de un principio doctrinario abstracto, sino sobre valoraciones históricas en las que se

tome en consideración la correlación entre el programa ideal, la máquina organizativa y la historia de la sociedad y el estado en el que tiene que actuar dicho partido político.

Cerroni analiza tres modelos del partido político del proletariado: el partido de Lenin, partido de revolucionarios profesionales, sembradores de procesos políticos modernos en un país que todavía no los conocía y que, sin embargo, tenía los presupuestos histórico-sociales para expresarlos; el partido de Stalin con su definición militar del partido como «estado mayor del proletariado», y el partido de Gramsci, la teoría del «partido filtro», es decir, del partido de masas que produce cuadros, teoría a la que Gramsci llega como consecuencia del análisis de la sociedad capitalista evolucionada de occidente, en la cual la sustitución del capitalismo sólo es posible si el movimiento socialista alcanza una elevada capacidad de dirección cultural.

La elección está clara: por lo que a los países europeos occidentales se refiere, la elección de un partido de masas es una elección sugerida por la estructura misma de la sociedad moderna y de sus instituciones políticas basadas en el sufragio universal. Pero al mismo tiempo el partido debe ser también un partido de cuadros, dado el alto nivel cultural en el que tiene que moverse. Partido de masas que produce cuadros y partido de cuadros que debe tener como tarea principal elevar a las masas al nivel de cuadros.

Esto exige que el partido no funcione a «dos círculos» (Michels), que no existan dos líneas políticas, la externa y la interna, y que no se articule sobre la preeminencia de la organización sobre la política, lo cual suele ser la norma en los partidos recién salidos de la clandestinidad, que tienden a ser de masas sin haber llegado a serlo todavía. Pues un partido es de masas no sólo porque crece numéricamente, sino porque elimina o tiende a eliminar la separación que divide en el propio partido a los cuadros de las masas.

El partido debe ser un todo intelectual, el promotor de una gran síntesis social. De lo contrario, el partido se convierte necesariamente o en un siervo ciego del mecanismo de poder establecido, de una oligarquía tecnocrática, o en el Don Quijote iluso de una revolución imposible.

Y esto puede darse en las sociedades modernas de occidente, porque cada vez es mayor la necesidad que advierten los políticos de desarrollarse culturalmente y la necesidad que advierten los intelectuales de vinculación social. Los unos porque quieren transformar la sociedad y tienen necesidad de saber para transformar una sociedad compleja. Los otros porque conocen en cierta medida por sectores la sociedad y se dan cuenta que sin una vinculación general no cambian las dimensiones privadas, alienadas, de su existencia profesional.

De ahí que la necesidad de vinculación entre política y cultura, que era

el elemento definitorio de un partido que quería ser tal, embrión de estructura estatal, se presente como una necesidad que aflora con el propio desarrollo de la sociedad moderna, si quiere desarrollarse por la vía de la socialización consciente y del crecimiento de sujetos maduros, responsables y conscientemente integrados en una sociedad igualitaria, y no por la vía de la subordinación del sujeto humano a una oligarquía tecnocrática y la consiguiente mortificación de la cultura.

### III. EL PARTIDO Y LAS INSTITUCIONES DEL ESTADO

En tercer lugar, Cerroni analiza las exigencias que se le plantean al partido político, en especial al partido político del socialismo, en orden a superar el carácter elitista y antidemocrático que han ido adquiriendo cada vez más las instituciones estatales modernas.

El problema está claro: el partido político, como decíamos al principio, nace para reunificar a una comunidad escindida y, en consecuencia, las dos tareas básicas que tiene que resolver son, por un lado, la socialización de los medios de producción y, por otro, la socialización del poder. Cuando no se produce la primera, incluso la democracia más radical y perfecta en sus orígenes, como la democracia americana, se transforma en un sistema utópico realmente impracticable que abre la vía a un sistema de poder radicalmente diferente. Cuando no se produce la segunda, la supresión de la democracia política resucita el Estado autoritario y policíaco, como pone de manifiesto la evolución de la Unión Soviética. Pues, como dice Cerroni, no puede existir socialismo sin Estado, ya que el socialismo es una fase de transición a la sociedad sin Estado. Al mismo tiempo no puede existir un Estado sin formas políticas y, por tanto, la abolición de la democracia política con el pretexto de que es sólo formal desemboca fatalmente en la supresión de las libertades modernas, que son justamente formales y en la resurrección de un Estado autoritario y policíaco. Mientras haya Estado, tiene que haber un sistema formal de igualación de los sujetos jurídicos y políticos, que únicamente puede ser completado por instituciones de participación directa en el proceso decisional. Toda abolición de las libertades políticas, de las instituciones representativas, de las formas jurídicas, resucita el Estado premoderno.

Ahora bien, ¿cuál es la situación en que se encuentran en estos momentos las instituciones estatales?, ¿cuál ha sido la dirección en la que han evolucionado en estos dos últimos siglos?

Y la respuesta no es muy gratificadora, ciertamente. Los dos pilares

sobre los que ha venido a descansar el Estado liberal democrático moderno han sido, por una parte, la creciente burocratización del poder y, por otra, la apatía ciudadana.

La separación propietaria capitalista engendra necesariamente una separación representativa de la política de la vida cotidiana. Los asuntos generales se convierten en algo abstracto y deben ser delegados. Los asuntos concretos continúan siendo algo privado, no orgánico, separado de la vida comunitaria.

Esta doble escisión: multiplicidad de propietarios privados-élite política se expresa claramente en la escisión entre titularidad y ejercicio de la soberanía popular, que encuentra su forma de manifestación clásica en el mandato representativo y en el sistema jurídico-político que se articula en torno a éste.

La vida política se ha ido convirtiendo cada vez más en la elaboración de técnicas y procedimientos que articulan y regulan la representación política. La política deviene esencialmente mediación jurídica, ingeniería constitucional, con una transformación significativa de los fines en medios y de los medios en fines.

Todos estos elementos, ciertamente importantes, deberían funcionar como mecanismo instrumental para garantizar el procedimiento de transmisión de la voluntad popular. Pero se convierten en realidad en el *prius* de la vida política. Pues el parlamentarismo no tiende a reproducir la voluntad popular, sino a reproducir el parlamentarismo. De esta manera la democracia se convierte en el sistema en el que «el pueblo tiene la oportunidad de aceptar los hombres que deben gobernarlo» o en «el gobierno del hombre político» (Schumpeter), pero no en el gobierno del pueblo.

El mismo programa político se convierte más en una oferta de las fuerzas políticas que en una propuesta basada sobre la demanda popular.

Se trata de una política que se basa sobre la esencialidad y el carácter primario de la élite. El problema de la composición de la élite y las técnicas internas de su funcionamiento prevalecen sobre la persecución de la finalidad originaria y sobre la actuación de los contenidos programáticos.

La contrapartida de todo esto es, por un lado, la involución burocrática del poder y, por otro, la indiferencia de las masas por la vida pública: apatía, escepticismo general, desconfianza en la posibilidad de cambiar realmente las cosas, etc.

Pero la consecuencia más importante de esta inversión que se determina entre representación y pueblo es que todo el mecanismo del poder parece invertirse. El punto de partida es la autonomización de la clase política del



cuerpo popular. El segundo paso es la autonomización del gobierno del Parlamento. De esta manera la voluntad popular no es más el punto de partida del proceso político, sino solamente un punto de paso de la decisión política al que se añaden otros sustancialmente autónomos.

En esta situación el partido político viene a constituirse no en un elemento propulsor de los procesos de crecimiento político y de participación, sino en un instrumento para la captura del consenso en torno a un programa de la élite. Su vida interna no está dirigida por programas políticos, sino, cada vez más, por intereses corporativos, clientelares. El partido no sólo es un partido electoral, sino un partido de ocupación del poder. El verdadero peligro de la partitocracia está en este congelamiento burocrático y corporativo de la política. Pues la partitocracia no es el sistema de la competición en torno a programas contrapuestos, sino el sistema de elaboración de la nueva oligarquía en torno a la cual se intenta mantener el consenso popular y que debe simplemente garantizar la reproducción del sistema político.

Este es el diagnóstico, según Cerroni. ¿Cuáles son las posibles vías de salida, qué posibilidades hay de recuperación del sistema íntegro de la democracia representativa? También aquí resulta claro que el problema ha de examinarse en relación con el nivel teórico-político alcanzado por los partidos del socialismo, ya que estos partidos son portadores de instancias igualitarias capaces de ampliar los mecanismos elitistas del Estado puramente representativo generados por la sociedad capitalista moderna.

Según Cerroni, el programa de recuperación del sistema íntegro de la democracia representativa ha de pasar por la inversión de la pirámide de la máquina política siguiendo algunas líneas esenciales de desarrollo del Estado moderno. Ante todo, restaurar la unidad del poder. No se trata de destruir las distinciones técnicas, sino de investir de una voluntad política única la dinámica íntegra de los órganos estatales. El primado de la política comporta, además de la primacía del gobierno sobre la burocracia y la unidad de dirección política, la necesidad de la primacía general del Parlamento. Pues hay que convencerse de que el único Gobierno fuerte es aquel dotado de una gran fuerza política y que la construcción política debe proceder no mediante la fijación previa de la división técnica entre las fuerzas parlamentarias, sino mediante la delimitación previa de un programa que responda a la demanda popular.

Con frecuencia se resalta últimamente la similitud entre los programas de los grandes partidos. Esto en lugar de ser un obstáculo, indica que existe la posibilidad de un programa político de gobierno basado sobre una

amplia convergencia. En consecuencia, el problema técnico, de ingeniería constitucional, ha de consistir en garantizar que estos programas similares sean realizados. El partido político asume de esta manera una posición central en el sistema político. Es el que decidirá si frente a las necesidades y demandas nuevas el sistema político desembocará en la manipulación y represión o en la transformación política y social.

El partido político aparece como el mediador entre la tradición histórica de la democracia representativa y las nuevas exigencias de la democracia directa, de las exigencias de creciente participación popular. Labor de mediación que presupone la conservación y la potenciación de la primera con la segunda y no su supresión.

Pues Cerroni tiene buen cuidado en señalar los peligros de la contraposición entre democracia representativa y democracia directa, ya que puede poner en duda, en nombre del derecho a participar, los procedimientos igualitarios elaborados por el Estado de Derecho. El problema es mediar las dos instancias, pues la iniciativa de las masas podría reducirse al arbitrio de una vanguardia si no fuera acompañada de la estabilidad y certeza formal de los procedimientos jurídicos que aseguran a cada uno una esfera de autonomía.

El partido político está, pues, llamado a garantizar esta mediación viniendo a constituir el mecanismo que vincula las instituciones jurídico-representativas a las masas y las masas a las instituciones. Pero la experiencia histórica demuestra que esta función no puede ser desarrollada por un solo partido sin graves peligros, ya que el monopartidismo otorga al partido único una especie de legitimación, tácita o expresa, a considerarse depositario de los intereses populares. El pluralismo es, pues, una necesidad orgánica de toda democracia moderna. La competencia entre varios partidos es la garantía de que los ritmos del proceso de integración entre democracia representativa y democracia directa serán ritmos calibrados en la valoración de todas las razones, referidas todas al consenso y a la soberanía popular. Esto significa que el pluralismo se vincula a lo que se ha dado en llamar dirección hegemónica o estrategia de transformación.

El método de la democracia política es un modo de calibrar históricamente la hegemonía y de fundar, por tanto, la estrategia sobre un análisis realista de la sociedad y sobre una propuesta coincidente para la solución de los problemas modernos.

El desarrollo de la participación popular, del control desde abajo, de la iniciativa popular serán naturalmente correctivos del garantismo jurídico tradicional, pero no deberán sustituirlo. Serán además correctivos de la

apropiación privada libre del producto social, pero no de las libertades. Pues la desaparición del Estado puede significar todo menos la desaparición de las libertades políticas; debe significar desaparición de la coacción sobre la libertad y, por tanto, progresiva ampliación de la libertad, la participación y el autogobierno. Y esto sólo es posible si también las libertades formales quedan aseguradas.

